

Nota metodológica

Théorie Communiste n° 25, mayo de 2016, pp. 57-59

Tras el texto «Una secuencia particular», conviene añadir algunos comentarios metodológicos acerca de su lectura.

Dentro de la percepción común, consensuada y asumida de la lucha de clases, todo ocurre como si, por un lado, estuvieran las clases en su situación y su contradicción, aquello que deben ser y hacer de acuerdo con su ser, como dijo Marx en *La Sagrada Familia*: «Poco importa lo que este o aquel proletario, o incluso el proletariado en su conjunto, pueda *representarse* de vez en cuando como meta. Se trata de *lo que* el proletariado *es* y de lo que está obligado históricamente a hacer, con arreglo a ese *ser* suyo.» (Marx, *op. cit.*, ed. Grijalbo, p. 102), y por otro, circunstancias, palabrería, modos de ser inmediatos, ideologías... en una palabra, *accidentes*. Y, entre los dos, *nada*. Como si ese otro lado no fuera más que un accidente, un estorbo o un obstáculo momentáneo, externo al ser y a su necesario devenir. En definitiva, algo con lo que no sabemos realmente qué hacer, salvo «apañárselas». Por retomar las cuestiones abordadas en el texto «Una secuencia particular», es como si dijéramos que lo local, la cuestión de género, los «ricos y pobres», la élite, los asistidos, el racismo, etc., no hicieran más que *perturbar* desagradablemente la estructura de las relaciones y contradicciones de clase.

Por un lado, la lucha de clases en su concepto, tal cual es y, por otro, de forma ocasional, unas circunstancias. Ahora bien, está en la naturaleza del concepto que las condiciones existentes sean sus condiciones de existencia. Cuando introducimos las condiciones existentes, nos encontramos siempre dentro del concepto, dentro de la «concreción del pensamiento».

En la problemática programática de un «ser revolucionario» de la clase, la frase de Marx es definitiva, autosuficiente. Se pasa a otra cosa, y con toda tranquilidad e inocencia, podemos dedicarnos al análisis del curso histórico del modo de producción capitalista, del curso empírico de las luchas de clase y de su devenir revolucionario *conocido de antemano* (aun cuando no sea ineluctable). Sin embargo, resulta que la superación revolucionaria del modo de producción capitalista es una *superación producida*, una especie de punto histórico desconocido (una coyuntura, aun cuando no sea fortuita respecto a lo que el capital es como contradicción en proceso), y *la* cuestión ya no se presenta, en cada análisis particular, como una «discordancia» coyuntural, sin gran interés teórico y sin mayores consecuencias para un desenlace ineludible o no, pero cuya definición conocemos de antemano.

En definitiva, considerar el curso de las cosas sobre esta base sólo serviría para reafirmarnos en un normativismo apacible: la situación es tal, pero sabemos que sólo es una «discordancia» momentánea porque el futuro nos pertenece, pero, sobre todo, porque, *a partir de ahora*, lo que sucede, es decir, lo que hace el proletariado, no se corresponde con el ser que nosotros (la teoría) conocemos; de alguna manera no es «racional» y, por tanto, apenas es «real». Así, cada situación, cada «momento actual», como el plato del día, se descompondría en un núcleo esencial y su guarnición: un poco más de patatas fritas o un poco más de ensalada.

A partir del momento en que «su propia situación», como dice Marx a propósito del proletariado, no es un ser, sino realmente una «situación», es decir, una relación y, por lo tanto, una historia, ya no podemos contentarnos con la quietud y la inocencia normativas, ya no podemos considerar las circunstancias simplemente como tales y pasar las discordancias con el ser en su necesidad al balance de pérdidas y ganancias. Ya no podemos, como el Marx de *La Sagrada Familia*, decir «poco importa», porque eso es precisamente lo que importa (tras la experiencia de los años 1848-1852, Marx tuvo algunas dudas sobre este «poco importa»). No por eso la teoría se deja llevar por los vientos de la actualidad. En el curso mismo del análisis, en las características concretas de cada objeto, la teoría indica el fundamento (la contradicción) y la particularidad de su crítica de este objeto, es decir, indica de manera inseparable las circunstancias y su razón de ser. No se expulsa la discordancia del objeto, como sucede en una teoría normativa.

No se trata de un «es así» fatalista. Si, en este ciclo, el límite de cada lucha e incluso de toda relación en un momento dado entre el proletariado y el capital es fundamentalmente el hecho de «actuar como clase» o simplemente de ser una clase, entonces el límite es inherente y necesariamente existirá siempre de manera específica a la lucha y a la situación, y también según las modalidades de reproducción del modo de producción capitalista *del que el proletariado es una clase*. Este límite es una necesidad, algo que no puede no ser, por un lado, y sin lo cual no se daría ninguna lucha y cualquier situación sería simplemente un «es así» y, por otro lado, un momento de la auto-presunción del capital. El límite es una forma concreta de declarar simultáneamente en la teoría tanto la discordancia que no expulsa de sí como accidental o irrelevante como el fundamento, la razón de ser, incluso dice que sin discordancia no existiría. Una teoría no programática y no normativa *lucha constantemente consigo misma*, porque *nunca es transparente para sí misma* (siempre se autooculta en su propio proceso).

Esta discordancia no se debe sólo a circunstancias momentáneas, a momentos particulares; es inherente al hecho de que, si ser clase es una situación objetiva dada como lugar en una estructura, porque eso significa una *reproducción* conflictiva y por tanto la movilización del modo de producción en su conjunto; implica una multitud de relaciones no estrictamente económicas a través de las que los individuos viven esta situación objetiva, se apropian de ella y se autoconstruyen como clase. Y no se puede pretender que esto no tuviera ninguna importancia, como si el ser estuviera en otra parte, en una pureza inaccesible.

Es comprensible que, en las zonas centrales del modo de producción capitalista, la identidad obrera haya enmascarado esto durante mucho tiempo. Era una construcción social confirmada por las modalidades de reproducción del capital en el período anterior a la reestructuración de los años setenta. Era una vivencia ideológica a través de la división del trabajo, la relación con los trabajadores inmigrantes, las relaciones entre hombres y mujeres, la relación con la nación, etc., pero que tenía la singular función de presentarse como una situación objetiva. La relación vivida con las relaciones de producción se presentaba como las propias relaciones de producción. Hoy en día ya no se puede decir que ese sea el caso.